

inspiraba a muchos de los propugnadores de las reformas. Ello no es óbice, sin embargo, para que determinadas ingerencias de la vida económica — que parecen saludables de momento — se conviertan, a la larga, en altamente nocivas. En este orden de cosas, como aconseja el cardenal Frings, hay que proceder de modo gradual y con extremada cautela. Iniciase una ruta erizada de riesgos cuando la opinión pública de cualquier país menosprecia aquellas actuaciones indispensables para que su sistema económico funcione, la intelectualidad, la censura y la moral las condena; en tal supuesto, el sistema queda herido de muerte y su sustitución por aquél que constituye única alternativa es sólo cuestión de tiempo. Esto fué, por los datos hasta ahora conocidos, lo que aconteció en Cuba. Para evitar que el fenómeno se repita en otros países parece esencial que cuantos desean ver mejorado el nivel de vida de los estamentos sociales más débiles, se decidan, sin reservan mentales, a acatar los postulados que el análisis económico sienta después de haber evidenciado los errores de que se partiera. Porque las falacias económicas originan siempre consecuencias dañosas.

II. La realidad de la Cuba prerrevolucionaria

Unos pocos datos, difícilmente rebatibles, van a indicarnos cuál era la realidad en aquel entonces. La renta nacional cubana se cifraba en 345 dólares «per capita» y era superior a la del resto de los países centro y suramericanos: En cuanto a kilómetros de ferrocarriles en relación con el territorio era el primero, y el segundo en cuanto al consumo de energía por habitante. Existía un automóvil por cada 39 cubanos y un receptor de radio por cada cinco. El monocultivo azucarero había sido vencido. En 1957 el azúcar ya solo representó el 23 por 100 del ingreso nacional. En cuanto al latifundio, el censo agrícola de 1946 había puesto de manifiesto que «mientras el tamaño promedio de todas las fincas cubanas era de 56.7 hectáreas, en Estados Unidos era de 78.5, en México de 82 y en Venezuela de 335. El salario medio se cifraba en seis pesos diarios. (El peso cotizaba a la par con el dólar) El nivel de vida existente en Cuba constituía la admiración de todo el hemisferio, y, desde luego, era superior

al de la Rusia soviética. «No solo Cuba poseía más altos niveles proporcionales que Rusia en automóviles, televisores, radios, ferrocarriles y teléfonos, sino que en el aspecto de los servicios públicos y los elementos de confort se registraban cifras de término medio que rebasaban notoriamente los de la Unión Soviética. Los técnicos rusos, checos y polacos, que comenzaron a llegar a Cuba a mediados de 1959, se quedaron asombrados al contemplar los signos objetivos de la gran riqueza cubana».

Frente a la inconsciente acusación de monocultivo — tan reiterada por la propaganda castrista — se silencia que en el «Primer symposium de recursos naturales de Cuba» quedó evidenciado ante las más altas autoridades del hemisferio «el variado panorama de la agricultura cubana a través de las cifras de producción de caña, tabaco, café, arroz, frutas, viandas, maíz, hortalizas, plantas textiles y otros índices que si no satisfacían cumplidamente el ascendido anhelo de los cubanos de sustituir gran parte de las importaciones alimenticias demostraban en cambio el tremendo esfuerzo que se había operado en los últimos treinta años». (Vid. «Cuba 1961». Suplemento de «Cuadernos» núm. 49, marzo-abril — pp. cubierta, 27, 28, 40, 41, 45, 56 y siguientes —. París).

Ante esta realidad uno inquiere la causa que indujera a tantos núcleos en Cuba — como todavía acontece en otros países centro y suramericanos — a desencadenar, al socaire de acabar con el despotismo batistiano, un proceso revolucionario que había de conducir al socialismo totalitario. «Bajo el capitalismo — ha escrito Mises — el hombre corriente disfruta de comodidades desconocidas en tiempos pasados y que por tanto eran inaccesibles incluso para la gente más rica». Tal era el caso de Cuba. En realidad no se acierta a entender, salvo que nos rebelamos abiertamente contra la lógica cómo muchos ansían ver implantadas medidas que inevitablemente conducen al empobrecimiento de los más, al desmoronamiento de la cooperación social — basada en la división del trabajo — y, en definitiva, a la barbarie. ¿Por qué incluso grupos selectos y responsables adoptan el «slogan» «ni capitalismo ni comunismo», cuando el análisis económico ha evi-